

Cuadernillos de poesía Colombiana

13

Jorge Rojas

Ediciones de la revista "*Universidad Católica Bolivariana*"

Jorge Rojas

En el año de 1930 algunos nombres nuestros se esbozaban ya dentro de la literatura nacional: Darío Samper, Tomás Vargas Osorio, Gerardo Valencia, Antonio García, Aurelio Arturo. Este último nos llevaba sin embargo alguna trayectoria de ventaja en las letras de molde y, por consecuencia, en el conocimiento del público. García era un poeta lleno de emoción, fuerza y desorden y aquel desequilibrio sexual que quiere hoy achacar a los "pedracielistas", era su principal característica:

*"Yo quise que mis ojos fueran carne de espíritu
y tener la ceguera de un mármol en la noche
con ojos, mas mis pasos temblaron al sentirte
y estan vano mirarte como los otros hombres!"*

Todos llegamos a las columnas del periódico conducidos por la mano inolvidable y generosa de Jaime Barrera Parra; su estilo señero dentro de la mojigatería periodística nos trazaba unas siluetas desdibujadas, llenas de contornos violentos que nimbaban de originalidad nuestras cabezas. Se formaron varios grupos literarios fugaces e insinceros, hechos más con ánimo de molestar a la gente que de afirmar una idea. Dispersados por razones tan obvias como la de su endeble formación, muchos de los componentes de estas agrupaciones murieron para la literatura o fueron absorbidos por actividades más fáciles y seguras: la política, la burocracia, el deporte...

En ese mismo tiempo Jorge Rojas se debatía con la segunda enseñanza. Su afición literaria balbuceaba en romance de vocación y nostalgia, acompasados por la melancolía de una juventud encerrada. Nada podríamos decir de su obra de esa época, enmarcada en las líneas de una estricta y adusta retórica, bajo la vigilante pupila del profesor de la materia. Podemos, sin embargo, anotar que amaba a Bécquer y que seguía, con algo de temor irresoluto, la producción lírica del momento dentro de la cual no se encontraba todavía, y, posiblemente, sin pensar que al incorporarse a ella más tarde, sería el poeta fuerte, original y conmovido que tendría la virtud y el privilegio de hacer coherente, por medio de la expresión editorial, no solamente su obra sino también la de los que hoy gravitamos alrededor de los treinta años, ofreciéndola a la crítica y al interés del continente como un caudal inestimable dentro de la poesía joven y exultante de América.

Cuando en 1937 Rojas rompió el anónimo bajo los auspicios de Germán Arciniegas, quien dirigía entonces el suplemento literario de "El Tiempo", su primer libro "La Forma de su Huida" estaba terminado. Su edición se hizo en 1939 con gran boato tipográfico y significativa resonancia en la crítica. Este salto inicial lo situó al lado de sus compañeros en edad y en ejercicio poético y le dió la seguridad necesaria para modelar y encauzar una personalidad que hoy se afirma con seguros contornos de supervivencia.

"La Forma de su Huida" es la historia minuciosa y lejana de una pasión que empieza a romper su adolescencia. El timbre del teléfono, los retratos inmersos en álbumes recónditos, algún largo paseo por los bordes de un lago crispado por la brisa, la evocación nocturna bajo las bóvedas de humo del entresueño, forman la materia emocional y dan el contenido poético de estas páginas en las cuales se recrea un sofrenado y finísimo episodio de amor. Este libro, más que por cada uno de sus poemas, tiene un valor por el sostenido conjunto, ya que con cada uno de sus difusos materiales se va reconstruyendo una prolongada línea de belleza nacida en un punto de intersección, en un encuentro irremediable, que al iniciar su recorrido se desenvuelve en armoniosa curva hasta un momento estremecido de adiós. El círculo se cierra, superpuestos encuentro y despedida, apretando en su cerco conmovido una parcela de vida, un misterioso vuelo del espíritu por regiones ardidadas en las que el sueño crece hasta fundirse con el desvelo y la inquietud del corazón.

En estos versos se acusan todavía las dos influencias iniciales que acompañan con un andar discreto y sosegado la poesía de Rojas: Jorge Guillén y Pedro Salinas. El primero con su aristada metafísica valeryana y el segundo con aquella manera de conformar la emoción al intelecto. No se encuentran sin embargo los rastros directos, las huellas acusadas que todo sendero ya trillado nos ofrece; es apenas el aura leve que deja en toda atmósfera un jardín transportado por el viento. Esto no empañía en nada la poesía de Rojas como no empañía nuestros aires vitales el momentáneo paso de un aroma que, por el contrario, al envolver su transparencia le da una calidad más inolvidable y persistente.

Existen gentes cándidas por pasarse de listas en esto de las influencias. Hay lectores —críticos— de poesía, husmeadores como perrillos en busca de su amo. En un coro tan grande como el de los poetas, las más de las veces, se equivocan lamentablemente al confundir dos términos distintos: influencia e imitación, que algunos interesados quieren presentar como iguales. La originalidad no viene a ser sino una suma de influencias en cuanto éstas están en equilibrio; no hay poeta sin antecedentes, no hay cultura sin un substrato de cultura anterior. Cuando las influencias se asimilan, cuando se resuelven en benéfica lluvia que el espíritu absorbe, un poeta presenta su temperamento auténtico, inconfundible como el símbolo del oro o el binomio de Newton. Otra cosa es que permanezcan como pesada nube que cerca el horizonte y obscurece su vista, restando en limpidez lo que recarga en sombra. Y hay también maneras temperamentales que pueden dar una visión semejante sin que se pierda por eso el poderío intransmisible de la propia expresión. Más claro: Un alimento existe mientras produzca indigestión; desaparece cuando el organismo lo asimila.

En "La Ciudad Sumergida", segunda salida editorial de Jorge Rojas y entrega inicial de los cuadernos "Piedra y Cielo", aparece el poeta auténtico, la fuerte personalidad que se instala por su propio derecho y se hace ciudadano de la poesía. Este canto a la ciudad de Tunja en su centenario adquiere por su perfección de forma, densidad de emoción y excelsitud poética, la categoría de obra perdurable en las letras colombianas de los últimos años. Es un poema cuyo sabor universal le quita ese halago anecdótico tan agradable al vulgo artístico, tan fácil, por lo demás, de ejecutar. Recordemos a Lope:

*"El vulgo es necio y pues que paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto".*

Pero el vulgo nunca ha tenido, ni material ni espiritualmente, con qué pagar la poesía, por eso el poeta le ha vuelto siempre la espalda. Hago una aclaración apenas en esbozo: No confundamos el vulgo con el pueblo. Es una confusión demasiado sospechosa para ser sincera y, por encima de todo, verdadera.

"La Ciudad Sumergida" se presenta en los más limpios tercetos de que pueda ufanarse el parnaso nacional en no sé cuanto tiempo. Además, la arquitectura de la idea se levanta con una esbelta y maciza elegancia, llena de poder evocador, saturada de perdurable belleza. El poeta recorre el espíritu de la ciudad amada, tan mediterránea, tan pura y orgullosa en su aislamiento procer. Aparece entonces por primera vez, en toda su intensidad, el mar en la poética de Rojas, el "mar no visto" en toda su majestad clásica, sin alboroto, sin juramento de marinos, sin angustia o zozobra de naufragio. El mar allí es el poeta mismo, está en su sangre que la invade y visita con la misma potencia avasalladora con que la poesía cruza las avenidas del terceto.

Una característica esencial de Jorge Rojas es su honradez artística, su minuciosa consagración al trabajar el poema para darnos en la obra una sensación de consciencia, de dominio absoluto del material que cobra entre sus manos todo el prestigio, toda la inconsútil belleza de la estrella o el árbol.

Estas cualidades, tan cabalmente logradas en "La Ciudad Sumergida", se afirman y corroboran en "Rosa de Agua", libro de sonetos que apareció en diciembre como un regalo navideño de la poesía a nuestra insultante indiferencia. Treinta y un sonetos, cuatrocientos treinta y cuatro versos concebidos y elaborados en el transcurso de cuatro años, —oidlo bien, señores de la improvisación y del fácil contorno retórico— en los cuales el poeta ha vertido su concepción del mundo, de su mundo circundante diríamos mejor, con la acabada perfección de siempre. Libro desprovisto de anécdota, —tan pesada, tan presuntuosa, tan prosaica— acentúa la nota de madurez poética que se inició en "La Ciudad Sumergida". Allí la pasión es humana, universal por brotada de la masa entrañable del hombre, tan inseparable del poeta, a despecho de las poetisas que sacan al mundo su alcoba. El poeta hace lo contrario: mete el mundo en la suya, en forma de mujer, de nube, de alegría o de angustia personal y colectiva, es decir, sencilla y llanamente, humana.

No he sido nunca un crítico de vocación o de escuela, y por esto he hecho sobre la obra de Rojas un recorrido apresurado. Otros presentarán con mayor amplitud, certeza y hondura, los valores y calidades que la fijan. Sin embargo no quiero dejar pasar inadvertida una afirmación hecha en un breve y jugoso volumen de historia de la literatura de Colombia por Javier Arango Ferrer, al declarar que "Rojas es un Carranza visto con vidrio ahumado". Creo que Arango Ferrer, tan certero, tan agudo casi siempre, falló en esta ocasión. Con vidrio ahumado sólo se mira un eclipse y Jorge Rojas no interfiere la órbita de nadie, como nadie interfiere la suya.

Arturo CAMACHO RAMIREZ.

Primera forma de su huída

Fuiste, eres, serás?

Eterna entre mi mundo sólo existes,
y es tanta tu presencia, confundiendo
lo tuyo con lo mío, que me parece
que ya te hubieras muerto.

Antes, cuando el amor,
cuando el amor fue gozo
contemplativo, puesto
sobre tu cuerpo y alma
sobre mi cuerpo y alma
como una luz de fuera,
te veía.

Luégo, cuando ese gozo se fue haciendo
dolor entre la carne del espíritu
y era flujo y reflujo la certeza
de si tú me querías
y era temblor de acero entre la ancha
voluntad del martirio,
mi gritar era tuyo y te sentía.

Después ni te sentía ni te veía.
Te llevaron en puntas de diamante
muy alta los minutos.

Los sueños, las promesas,
las horas, los instantes de los dos,
te llevaban no sé, si viva o muerta
en un correr de tiempos como ríos.
Y yo te libérté, para perderte
de los mundos del mundo.

Desmelenado, tensos
los músculos del alma,
desnudo de la carne, de mí mismo,
yo te saqué en los brazos
casi ahogada,
con tus vestidos claros, empapados
de aguasales de olvido.

Y te tuve delante y te veía,
y también más que todos te sentía

un momento no más sobre este mundo.
Después no sé.
Tenía tus movimientos y caprichos
la voluntad. Los pensamientos tuyos,
sólo yo los pensaba.
El pulso mío
desde el acantilado de las venas
gritaba los pesares de tu sangre
y sólo te veía con la conciencia.
Dónde estás? Dónde estoy?
Por qué te fuiste
para expulsarme a mí de mi ser mismo?
Existirás? Yo pienso, luego existes,
aunque sólo yo existo.
Y soy tu desamor y tu impresencia.
Sólo yo mismo soy como los dos,
yo mismo mi dolor!

Niña

Sí, tu niñez, ya fábula de fuente.

Jorge Guillén.

Niña en el tacto de la luz te siento
diluída en palabras, gesto, risa;
levemente agitada por la brisa
que dan las alas de mi pensamiento.

Niña que pasas con el movimiento
de la rosa que crece y se precisa
con amoroso tiempo de sonrisa
en cada eternidad de su momento.

Niña que transpasándome la frente,
como flechas de sol un claro río,
haces pensar en tí tan dulcemente.

Está tu voz en el espacio mío,
salvándome el instante, como un puente
hecho sobre una gota de rocío.

Tu verdad

Sólo queda en mi mano
la forma de su huida.

Juan Ramón Jiménez.

Aquí quedó la forma de tu huida.
Como la flor tronchada, en el vacío
queda erguida en perfume, el canto mío
te levanta en el aire florecida.

El tallo de mi voz tiene tu vida
en su rama invisible, como un río
levísimo de llanto o de rocío,
la más lejana estrella sostenida.

Como el mar que se va, queda evidente
en el empuje manso de la ola
dibujada en la arena, dulcemente

te me vas y te quedas —forma sola
de tu no ser— presente en mi presente
como erguida en perfume la corola.

Elegía

En memoria de un olvido.

No la confunda el polvo, tibia cera
efímera y durablemente amada;
ni pese sobre el suelo derrumbada,
como segada mies, su cabellera.

Bajo el oscuro limo apenas fuera
su cuerpo entre raíces una helada

blancura, de los lirios olvidada
o acopio para otra primavera.

Alma y transcurso, ved en su reposo,
sobre la extensa tierra, reclinado
su olvido, como un río silencioso.

Tierna yerba de instantes y un delgado
ciprés de llanto crezcan sobre el foso:
vengo a dejarla al pie de mi pasado.

Momentos de la doncella

A Yolanda Oreamuno.

I. EL SUEÑO

Dormida así, desnuda, no estuviera
más pura bajo el limo. La guarece
ese mismo abandono que la ofrece
en la red de su sangre prisionera.

Y ese espasmo fugaz de la cadera
y esa curva del seno que se mece
con el vaivén del sueño y que parece
que una miel tibia y tácita lo hinchiera.

Y esa pulpa del labio que podría
nombrar un fruto con la voz callada
pues su propia dulzura lo diría.

Y esa sombra de ala aprisionada
que de sus muslos claros, volaría
si fuese la doncella despertada.

II. EL ESPEJO

Retrata el agua dura su indolencia
en la quietud sin peces ni sonidos;
y copian los arroyos detenidos
sus rodillas sin mancha de violencia.

Sumida en esa fácil transparencia,
ve sus frutos apenas florecidos,
y encima de su alma, endurecidos
por curva miel y cálida presencia.

Con un afán de olas, blandamente,
cada rayo de luz quiere primero
reflejarla en la estática corriente.

Y el pulso entre sus venas prisionero
desata su rumor y ella se siente
a la orilla de un río verdadero.

III. LA MUERTE

Igual que por un ámbito cerrado
donde faltara el aire de repente
volaba una paloma por su frente
y por su sexo apenas sombreado.

Y por su vientre de cristal —curvado
como un vaso de lámpara— caliente
el óleo de su sangre, dulcemente,
quedó de su blancura congelado.

Sus claras redondeces, abolidas,
bajo la tierra al paladar del suelo,
entregaron sus mieles escondidas.

Y alas y velas sin el amplio cielo
de su mirada azul, destituidas
fueron del aire y fueron de su vuelo.

A un pájaro en su último vuelo

Yo vi cómo trenzaba su osadía
en el telar del aire, en tanto herido,
con plumas de temblor, desfallecido,
trazaba el ala un alta geometría.

Lanzas de sol velaban su agonía
en la prora del pico dolorido
cuando en ramas de cielo detenido
como un pájaro de agua estaba el día.

Luégo enrumbando el gozo para el viaje
azul, desde su propio desaliento
señaló lo más hondo del paisaje.

Y arco la sombra curva en que agoniza
a clavarse en el sol, fue, con el viento
desgarrado en la punta de su prisa.

Ella

Poma en sazón. Y el tallo estremecido
de la vida se alza tan ileso
que parece tan sólo el claro peso
de la luz el volumen florecido.

Nada más dulcemente sometido
que el aire a su existir, hay algo en eso,
como de pulpa prodigando en beso
de aroma su contorno diluido.

El aroma no es más que la distancia
entre la fruta y ella. Si muriera,
ya para qué el perfume? Sin fragancia,

para qué la manzana? Si pudiera
ella ocultar su cálida substancia
el cuerpo de las frutas no existiera.

Sonetos elementales

1. EL AIRE

Túnica de los árboles ligera
como un lino de agua contra el viento,
cada hoja que cae un movimiento
te imprime suavemente de bandera.

Número de la flor. La luz primera,
tras el viaje nocturno, en seguimiento
de tu eterno llamado, su recuento
inicia de la grácil primavera.

Sitio del arpa, música callada;
ala de la paloma que ha existido
sólo bajo la frente de la amada.

Bosque invisible donde tiene el nido
la tarde, a cuya sombra iluminada
el alma cruza con su dulce ruido.

2. LA TIERRA

Yo te contemplo aquí, tierra tendida,
sombreado de árboles tu sueño;
sexo para el amor, boca sin dueño
siempre entregada y siempre apetecida.

De senos y vertientes circuida,
no hay niebla que destruya tu diseño
de mujer entreabierto, ni hay empeño
que aniquile tu entraña florecida.

Yo conozco tu voz de sordo río
y tu íntimo musgo de liviana
tibieza para túnica del frío.



Y tu hálito azul en la mañana
y tu boca nocturna de ancho brío
pegada al corazón de la manzana.

3. EL AGUA

Beso sin labio, novia en tu desvelo
esperando una boca que te beba;
y niña aún si un cántaro te lleva
arrullada en los brazos bajo el cielo.

Llueve, y el mundo goza de tu vuelo;
danza la espiga, ábrese la gleba
y es más dulce cantar cuando se prueba
tu líquido que sabe a nuestro suelo.

Saltando entre los juncos extraviada
en busca de la sed, corza ligera,
has quedado en mi mano aprisionada.

No importe quien te haga prisionera
te dé su forma, sigue alborozada
persiguiendo tu forma verdadera.

4. EL FUEGO

Rosa de vientos locos. Tempestades
crecen en tus corolas repentinas
y en ceniza de turbias golondrinas
chisporrotean tus altas claridades.

Del viento y agua, súbito te evades.
Cuando a su hoz parece que te inclinas
de repente en furiosas serpentinas
el enemigo a tu materia añades.

Iluminada mies de aullantes oros;
sonámbula gavilla, cabellera
dando al viento sus rútilos tesoros.

El suplicio de un mártir, no tuviera
más círculos de ángeles, ni coros
de rubias salamandras en la hoguera.

La muerte del agua

Sueño en colores.

Llorando un caracol su cancioncilla
fue al entierro del agua. Viudos lotos
sin luna ya, para sus tallos rotos
imploraban la leche de la arcilla.

La saeta del sol hirió la quilla
de la varada sed; exhaustos notos
asidos a las velas, en ignotos
horizontes buscaban una orilla.

El cadáver del agua resumía
una húmeda ausencia. Río apenas
el llanto de las Náyades corría.

Y en hombros de Tritones y Sirenas,
fue llevado sobre andas de sequía
su cuerpo que ultimaron las arenas.

Inminencia de la muerte

A tus términos llego dulce vida
del más grande desvelo desvelada,
ya busco en tu desvelo, la esperada
hora tan ciertamente apetecida.

Sólo el Amor detuvo mi partida
y alargaba el camino a la llegada
pero ya va, la vela desplegada
del párpado, a la muerte sometida.

Sólo el Amor me extrajo de su cielo,
pero a su encuentro voy ya por el frío
aire que yela el término del vuelo.

Y en la inminencia de su poderío,
siento mi sangre afluyente de su cielo
y el corazón rodando en su vacío.

Crucifijo

Golondrinas de sangre y alta frente
de palidez, coronan tu agonía;
y tanta sal de llanto bajo el día
crucifica en tu cruz su muda fuente;

y tanta lanza aún la linfa siente
buscándote el costado, tanta vía
abren los clavos; tanta la porfía
de la espina clavándote su diente,

que mi mano esa espina te sacara,
que esa espina una rosa te ofreciera,
que esa rosa una herida te curara,

que mi culpable sangre yo vertiera
Señor, aunque el madero levantara
mi cuerpo como flor de la madera.

Angustia del amor

Bajo mi piel, qué viento enloquecido,
por valles de la sangre y sus colinas,
estremece un rosal, de más espinas
que de frangantes rosas florecido!

Qué agreste furia, qué hórrido sonido
de árbol cayendo y ciegas golondrinas
convoca su ulular ante las ruinas
de un efímero beso consumido!

Qué amargo mar su desatado llanto
encrespa entre mi sér! Qué tolvanera
de angustia envuelve el hábito del canto!

Amor, fugaz Amor! Sin tí no fuera
dentro de mí, un vértice de espanto
la hora, en cada instante pasajera.

Aire de entonces

El aire era un abrazo de ríos sin deseo.
Los árboles, un aire vegetal de palomas.
La tarde era un ligero movimiento del párpado,
y la escarcha, la espuma fácil de tu sonrisa.

La veleta era el viento clavado en una espina.
Tu niñez, la distancia que había entre los lirios.
Orilla de tu sueño y pestañas de música
era entonces el ojo limpio de la mañana.

Tú venías de más lejos que un nombre de un olvido.
En tu lejana sangre había brumas y mástiles.
Entonces yo era triste y miraba el silencio
creyendo que el silencio era la obscuridad.

Todo mi afán de viajes ancló sobre tu piel
que iba bajo el sol sosteniendo la luz;
la proa del pecho hendía dulcemente los días
y el corazón sabía cómo es de azul el mar.

Por cada rosa un sitio en el aire tus hombros
dejaban redondeado por donde tú pasabas,
y el viento en tus cabellos era sólo un pañuelo
estampado de aromas y soplos de colores.

Tus ojos no tenían color que yo pudiera
decir como palabras: "saúz" o "golondrina".
Corrías como el agua y el agua de tu risa
se subía a los tejados y hacía la tarde clara.

Hoy que ni los espejos saben cómo mirabas
cuando tu edad de lino te daba a las rodillas,
yo te recuerdo y digo simplemente las cosas
como si las sacara de una gota de agua.

Era entonces el tiempo dulce de nuestro encuentro.
La saeta era un rumbo sin ay! en la llegada.
El jazmín, un recuerdo de olor en tu memoria.
Y el bronce era una brisa con olor de campana.

Las islas de tu imagen

Vuelves a mí talvez?
Dejemos el dolor,
vámonos a pasear por tus retratos.
Cómo hay allí de azules!
Cielos de azules claros
que fueron con nosotros de la mano.
Vientos que no se ven y te despeinan.
Carreras detenidas en el aire
te suben los vestidos.
Y mi gozo temblando en los azules, en tu pelo,
en la sombra de tí,
sobre las piedras
mientras tú las pisabas.
Las horas se quedaron sorprendidas
como en relojes muertos.
Como vuelos de pájaros sin alas.
Como un amor delante de mujeres
que no existieran nunca. Se quedaron
echadas cara al cielo
en mi álbum de estampillas de las islas
borradas de tu imagen.

Todo quedó allí quieto:
el movimiento
desertó de su fin.
El columpio en el aire bien pudiera
sin momento de apoyo ni llegada
devolverse al cenit de tu capricho.
La cinta que me diste, ecuatora
la levedad del oro en tu cabeza.
Estos retratos tuyos te devuelven
en un itinerario de jardines,
de la rosa el botón,
y quedas niña
con tu verdad primera,
con tus trajes de olán adolescente,
con tu dolor negándose a venir.

Vuelves a mí talvez?
Dejemos el dolor,
vámonos a pasear por tus retratos.
Estos retratos tuyos!
Los de ver con los ojos,
los que tienen tamaño y se colocan
en una extensión cierta entre dos vidrios,
como cruzando un cuerpo entre dos aires,
conciben el espacio sólo tuyo.
Aquel espacio,
que, contuvo tu cuerpo una mañana
al moverte, quedaba enclarecido,
preciso, limitado, diferente,
y era extensión sin cuerpo en el espacio
ese claro dolor de no seguirte,
como claro dolor de no seguirlo
los vidrios sin retrato.

Vuelves a mí talvez?
Dejemos el dolor,
vámonos a pasear por tus retratos.
El otro que atestigua que en el tiempo
fuiste potencia y acto
y rebelde a la gloria en que te vivo,
te muestra de dos años.
El de vientos grumetes que te cercan
y de tus ojos verdes en el lago,
el del retrato aquel de las sirenas

sacado a la memoria de las barcas,
el de faldas veleras que se ciñen,
retrato de los lagos.
Este otro, el preferido, con su fondo
de silencios llamando,
con el tren que se va y el alma en tierra
al borde de las vidas como rieles;
el de lágrima al fondo, donde escala
el corazón el muro de los ojos,
el de la blusa clara
de telas primordiales que te llevan
y tu almita lavada de quince años.

Las horas se quedaron sorprendidas
como en relojes muertos.
Como vuelos de pájaros sin alas.
Como un amor delante de mujeres
que no existieran nunca. Se quedaron
echadas cara al cielo
en mi álbum de estampillas de las islas
borradas de tu imagen.

Eco de tu presencia

Yo no podía volver
donde los horizontes
pusieron sus jalones
de montaña o de nube,
más acá de la estrella
donde ancló nuestro sueño.
Allá donde tú estabas
en los fondos del aire
como vela, o recuerdo
flotando sin memoria.
Donde debió quedar,
sobre ondas o arena,
todo ese querer tuyo
cuando tú te escapaste
de tu propio querer
y lo dejaste solo.

Allí estaría el ayer
junto a las esculturas
de vacío que pulió
sobre el viento tu fuga.
Las goticas de agua,
caídas de tus hombros,
ya serian florecillas
y estarían esperando
a la orilla del río.
El árbol soportando
su angustia vertical
sin tí estaría pensando
del por qué de su sombra.
Yo no podía volver
pálido, con los ojos
mudos, como palabras
sin realidad ni atmósfera,
donde estaban mis primos,
—pájaros de colores—
que, decían tu nombre
a media lengua, cuando
los tenía en mis rodillas
y pensaba en tus ojos.
Tú también lo sabías,
yo no podía volver
allá donde tú estabas
alta sobre el minuto,
vértice de las horas,
mirándote al espejo
de los aniversarios
de todos nuestros días.
Yo no podía volver!

Aniversario

He esperado este hoy.
La misma hora,
La ansiedad superando el sentimiento,
ante el retorno mágico del punto
de gozo en el espacio de lo ido.



Porque el amor se eterna en el instante,
en la flor, en el gesto, en el abrazo,
y pasa y queda
y muere y resucita
milagroso en la fecha de los gozos.
En el hoy, como entonces,
vivimos el amor en su agonía,
en su presto morir, se,
en el encanto
de saber que se acaba, y sentirlo
delante de nosotros, inminente
de llegar a su fin,
y conservarlo.
O acaso el gozo fue
sólo el olvido
de la esencia finita de las cosas.
Nuestra verdad la hicimos de mentira,
de sombras nuestra luz,
el siempre en días
suspendiendo el dolor de los ayeres
en las manos pasmosamente humanas.
A ese fue me resisto!
Soy eterno.
Una vez ante tí hoy hace un tiempo,
más allá de la carne encontré el alma
y ahora lo recuerdo.

La barca

Barca? Acaso arado
sobre surcos de espuma.
Sembrábamos? Mañanas
sobre tallos de luna.

Dónde? Como una niña
mirándose al espejo,
no surcaba las aguas.
Surcaba nubes, cielo.

Luégo, la barca, el cielo,
mi gozo, echaban anclas
de sauces en tus ojos.
Milagro? No. Mirabas.